

MANICÓMICAS

Presentación

“Para entender la risa, hay que volver a ponerla en su entorno natural, que es la sociedad; y sobre todo hay que determinar su función útil, que es una función social. Tal será, digámoslo desde ya, la idea directriz de todas nuestras investigaciones. La risa debe responder a ciertas exigencias de la vida en común. La risa debe tener un significado social”. Henri Bergson.

No son muchos los que se atreven a pensar – o decir- que el “Fenómeno Milei” no es algo que merece una atención especial dentro de lo que puede admitirse como propio del espacio de la política. En efecto; Javier Milei es un personaje que, si se hubiera mantenido dentro de los límites de la vida cotidiana en una sociedad de masas urbana como la argentina, seguramente habría provocado algunos desarreglos entre quienes lo frecuentaban, sea por razones de familia, de trabajo o terapéuticas. Pero resulta que hoy es el Presidente de la República Argentina, que fue elegido democráticamente y que no es correcto descartar la posibilidad de su reelección en 2027.

Ahora bien; los ciudadanos de cualquier clase social a la que pertenecieren, después de casi dos años de ejercicio de la Primera Magistratura del país, manifiestan respecto de Milei sentimientos bien contrastados según sea el aprovechamiento de las oportunidades de enriquecimiento de una nítida minoría o del padecimiento de una mayoría de individuos sometidos a una constante agresión de sus intereses económicos y sociales. Sin embargo, los sostenedores del mileísmo exceden notoriamente el número de beneficiarios, directos o indirectos, de sus políticas. De no ser así, no habría teoría alguna disponible para explicar, no solamente sus éxitos electorales – como el de Adorni en la CABA- sino la justificación ética de sus decisiones y el blindaje intelectual que se les presta a sus presuntos conocimientos de economía política y social. Ciertamente es que los medios de comunicación masiva han prestado excelentes servicios tanto a su acceso al poder como a su ejercicio en combinación con renacidos “fantasmas del pasado” como el Toto Caputo, Federico Sturzenegger y... ¡Patricia Bullrich!

El otro lado de la cuestión que plantea Milei, es la notoria astenia de lo que suele llamarse “oposición” Y no nos referimos sola ni principalmente a los políticos que funcionan “a la izquierda” del Gobierno. Lo que realmente nos sorprende es la mansedumbre de los sectores sociales agredidos cuya más notable expresión no pasa sino por la convocatoria de un escaso número de jubilados cuyo designio es rodear el edificio del Congreso cada día miércoles. Pareciera ser que Milei rige una sociedad anestesiada o resignada a un destino cada vez más lóbrego.

Esto dicho, nos parece que existen otras maneras de tratar con el “fenómeno Milei”. Por ejemplo, podríamos indagar en la íntima naturaleza de nuestras élites dirigentes que no han encontrado un instrumento más presentable a los ojos de propios y extraños, que este “puteador serial”, plagario y carente del más mínimo sentido estético. También, deberíamos adentrarnos en una autocrítica severa de nuestra sociedad y de todos los que por acción u omisión hemos permitido que el ex empleado de Eduardo Eurnekian asentara sus posaderas en el Sillón de Rivadavia.

*Pero de todas las opciones que conocemos, hemos preferido una que, por lo menos, nos hará pasar un rato divertido: ver y considerar a Milei y a sus cortesanos como actores cómicos de una farsa que día a día se representa en el escenario de la política y que, más tarde o más temprano, ha de finalizar en un teatro reducido a escombros. He aquí, pues, las **Manicómicas**, unas crónicas periódicas donde la **risa** reemplaza al llanto y la locura se destina, como debería ser en la realidad, al manicomio.*

La risa como respuesta a las actitudes y dichos de Milei, no es cualquier risa sino aquélla que con acierto – mezcla rara de sabiduría e intuición- definió Henri Bergson allá por el 1900. Su concepción de la risa como función social, requiere que el objeto cómico lo sea realmente: el personaje risible deber poseer una “vis comica” que trascienda el estrecho ámbito de su vida cotidiana. Otra cosa sería saber si Milei tiene la voluntad de hacer reír como sí la tienen los cómicos de profesión. Pero lo que sí sabemos es que él

ha elegido disparatar y comportarse – motosierra en mano- como modos de “hacer política”. Y ¡vaya si ha tenido éxito!

MANICÓMICAS UNO.

¿Síndrome de Tourette, coprolalia o estrategia política?

A partir de la aparición de varias notas periodísticas denunciando el lenguaje soez utilizado por el Presidente Milei en numerosas ocasiones, psicólogos, psiquiatras y lingüistas concedieron entrevistas y publicaron artículos en medios de comunicación masiva opinando sobre la eclosión del fenómeno consistente en que el titular de la Primera Magistratura de una democracia capitalista – la Argentina- usara los insultos más procaces en numerosas presentaciones públicas para referirse a sus adversarios reales o imaginarios.

En los aludidos debates entre expertos, se analizaron diversas explicaciones del “insultismo oratorio” del Presidente Milei. Como es obvio, en estas intervenciones resultaba inevitable que surgiera una cuestión primordial: el habla obscena de Milei ¿tiene su origen en una enfermedad mental o es el producto de una voluntaria decisión destinada a obtener ventajas políticas? Es entonces cuando las alusiones al “Síndrome de Tourette” y la coprolalia se hicieron frecuentes en los *mass media*. Hubo entonces unanimidad: las procacidades presidenciales no se correspondían con un afectado por el Síndrome de Tourette ni con un enfermo de coprolalia: los insultos de Milei, sus gestos obscenos y sus proclamas reclamando *más odio* a sus pedisecuos, respondían a una “estrategia política” que pronto analizaremos.

¿Cuáles fueron las razones por las que se descartaron las explicaciones basadas en esas dos formas de enfermedad mental? Si bien en una primera etapa de los estudios sobre el Síndrome de Tourette los expertos lo asociaron principalmente a la aparición de palabras obscenas en el habla de los afectados, los estudios empíricos que se fueron llevando a cabo, demostraron que sólo un 10% de estos enfermos mentales presentaban señales que incidían sobre su lenguaje habitual. En cambio, se llegó a vincular el síndrome a la manifestación de tics transitorios o permanentes, incontrolables para el sujeto, que pueden llegar a influir de manera grave sobre la conducta, inhabilitando total o parcialmente su capacidad laboral y afectando sus relaciones familiares y las interacciones con vecinos.

En lo que hace a la minoría que presenta en el discurso anomalías como la repetición periódica de palabras y expresiones obscenas, se comprobó que irrumpían aleatoriamente en el habla sin relación alguna con el contexto en que se pronunciaban. Es decir, no eran introducidas voluntariamente en el lenguaje sino que aparecían erráticamente en las expresiones de los afectados casi siempre en relación a elementos patológicos vinculados a la conducta habitual de los sujetos analizados.

En cuanto a la *coprolalia*, este término fue utilizado en un principio para designar las afecciones del lenguaje que presentaban los diagnosticados con el Síndrome de Tourette. Con el progreso de los estudios lingüísticos vinculados a las señales patológicas que incidían sobre las anomalías del lenguaje, se comprobó que eran más frecuentes los casos de coprolalia que no presentaban los trastornos de comportamiento comunes a los afectados por el Síndrome de Tourette. Es decir: los *coprolálicos* sólo proferían obscenidades vinculadas a los excrementos, los actos sexuales aberrantes o no y, generalmente contenían referencias sumamente despectivas respecto de terceras personas ajenas a la lógica del discurso analizado.

De esta manera, pudo concluirse que la irrupción de las “malas palabras” no era el producto de una decisión voluntaria del afectado sino una consecuencia de una ausencia absoluta de control tanto psíquico, emocional o socio-cultural. En suma: el *coprolálico* es un enfermo mental cuyo discurso revela un grave desorden del lenguaje que no puede ser controlado por el sujeto ni emocional ni intelectualmente.

Finalmente, nos parece útil desvincular la *sicalipsis* de los trastornos mentales antes mencionados. En 1917 la Real Academia de la Lengua Española, admitió el término refiriéndolo a particularidades del habla de sujetos que suelen utilizar en su discurso palabras referidas a actos sexuales no necesariamente aberrantes. La etimología del vocablo lo relaciona con “actos de frotamiento” y el accionar de elementos untados en relación ciertas prácticas eróticas. En la picaresca hispánica los *sicaliptismos* fueron frecuentes en teatros de revistas y en las letras de coplas populares en los bajos fondos de actividades presuntamente artísticas. Como se puede apreciar, la sicalipsis incide en el vocabularios de las personas no como efecto de una enfermedad mental incontrolable para el sujeto, sino como un producto de decisiones voluntarias de quienes por medio de un lenguaje “travieso” pretenden captar la atención del público que acude a espectáculos de baja estofa con el fin de divertirse con *cuplés* y *cantaores* liberados de las formalidades observadas en teatros y tabladitos regidos por un cierto rigor lingüístico. Que quede en claro: la sicalipsis no posee originalmente ninguna connotación agresiva; es una característica de un lenguaje destinado al solaz y el entretenimiento. Lo que nos lleva a plantear un interrogante: Javier Milei ¿es un cultivador consciente de la sicalipsis?

Los insultos de Milei como estrategia política

Desechadas las hipótesis de enfermedad mental, la utilización de insultos y procacidades en el discurso público del Presidente Milei debe ser considerada como una decisión voluntaria vinculada, como veremos, a objetivos políticos de corto plazo.

Resulta, en consecuencia, necesario tener en claro en qué espacio político se produce el discurso presidencial. De los tres espacios en que se verifica toda actividad política – el institucional (estatal o social), el mediático y *la calle*– es obvio que es en los medios de comunicación masivos donde se genera y produce sus efectos la utilización del lenguaje procaz del Presidente. Este elemento no se maneja aisladamente sino en conexión con otros instrumentos vinculados a la construcción del personaje tales como su pretendidamente exitosa caracterización como un Casanova irresistible para el género femenino, con profundos conocimientos de economía política y su presentación física como un transgresor de normas básicas en materia de estética corporal. Incluso la adjudicación al personaje de un don para comunicarse con un perro muerto quien le *soplaba* medidas que debía adoptar para superar las trampas que le tendían sus enemigos, le permitieron reforzar la imagen de *loco*, condición esta que se difundió entre lectores cultivados a través del libro del periodista Juan Luis González reputado como un éxito editorial. (Cf. “El Loco” Bs.As 2023. Ed. Planeta).

También la ambigua relación con su hermana Karina a la que adjudica una sabiduría política excepcional, debe considerarse una parte esencial de la caracterización del personaje como un transgresor integral de los usos y maneras del sistema político tradicional. “El Jefe” como dice Milei que la llama y propone que sus más íntimos colaboradores la llamen, no sólo se desempeña como Secretaria General de la Presidencia, sino que ha tenido – y tendrá seguramente- un rol decisivo a la hora de confeccionar las listas de candidatos para competir en las elecciones de octubre. A ella se le adjudica la reducción a la impotencia electoral del PRO y el ocaso, al parecer irreversible, del “gradualista” Mauricio Macri.

Como hemos expresado en el artículo titulado “En el Límite”, Milei aporta un factor decisivo al conjunto de los intereses representados en su Gobierno: la legitimidad de origen derivada del éxito electoral de 2023. Es en este proceso de legitimación activa que se inserta la cuestión de la “sicalipsis” presidencial, cuestión que emerge con vigor y potencia en el mes de mayo de este año cuando Milei se excede en el insulto a periodistas, algo que no sucedió cuando sus diatribas se ensañaban con “la casta” de diputados, senadores, gobernadores y cualquier otro personaje público que osara desatender o criticar sus actos de gobierno.

En cuanto al contenido específico de las agresiones oratorias del Presidente, el trabajo ya está hecho en gran medida por Nicolás Cassesse y Paz Rodríguez Niell en el artículo titulado “El insulto de Estado. Metáforas sexuales y cada vez más agresiones: ¿a dónde apunta la escalada del discurso de Milei” publicado el 2 de agosto próximo pasado en “La Nación”. A este artículo remitimos a nuestros lectores que estén interesados en conocer en detalle cuáles son los insultos proferidos por Milei en el curso de sus presentaciones públicas en las que no lee lo que sus asesores escriben sino en las que da rienda suelta a la procacidad lingüística y a sus gestos más groseros.

En este trabajo periodístico, se afirma que en el primer año de gobierno, el Presidente lanzó 4.149 insultos y estimaciones posteriores fijaron en más de 4.700 las agresiones verbales desde que Milei, en el desempeño de su rol presidencial, comenzó a utilizar el insulto como estrategia de comunicación pública. Asimismo, se debe tener en cuenta que no todos los insultos proferidos poseen connotaciones sexualmente obscenas. También deben contabilizarse las agresiones tales como “*degenerados fiscales*” (aplicado a legisladores y gobernadores de provincia), “*cerdos*”, “*ensobrados*”, “*incompetentes*”, “*ignorantes*” “*zurdos de mierda*” etc.

Tampoco podemos dejar de referirnos a unos pocos aspectos de la salacidad del discurso presidencial. Los insultos y obscenidades que abundan en el discurso de Milei, pretenden construir en el imaginario popular la figura de un personaje transgresor de lo *políticamente correcto*, que arribó a la Presidencia de la República justamente por despreciar las formas en las que se desarrollaba la actividad política en el país. Milei, refiriéndose a sus adversarios, economistas o legisladores, utilizó frecuentemente la expresión “*la tienen adentro*” queriendo significar que él – un macho potente- posee la capacidad de “*romperles el culo*” a quienes osen oponerse a sus políticas de Estado. En conexión con estas expresiones, el tratamiento de “*mandriles*” a críticos y aun a comentaristas no entusiastas del culto al dios “Déficit Cero”, va en el mismo sentido.

Otro aspecto del lenguaje presidencial a considerar, es el atinente al público al que va dirigido principalmente el uso de palabrotas. Conforme declaran varios analistas de la cuestión, son los jóvenes varones los destinatarios más tenidos en cuenta por los estrategias del discurso de Milei. Esta conclusión concuerda con estudios que coinciden en verificar que el lenguaje procaz entre menores de edad ha manifestado un incremento notable en lo que va del siglo XXI. Incluso en el extranjero el uso constante de la palabra *boludo* aun sin intención peyorativa sino simplemente como un apelativo, ha despertado el interés de expertos en la dinámica lingüística propia de estos tiempos.

Los autores del artículo antes citado, proponen, además, que el uso planificado de las procacidades, apunta a proyectar una imagen de *autenticidad emocional*. ¿Cómo dudar de la veracidad de los dichos presidenciales si Milei se presenta como cualquier hijo de vecino, que no duda en exponer su intimidad manifestada en un lenguaje “coloquial”? Es decir: el uso de las palabrotas tiende a blindar los mensajes “serios” leídos con un tono doctoral como si fueran producto de una severa labor intelectual.

En cuanto a lo que se denomina la *escalada* en el uso del insulto sicalíptico, los analistas más respetados en los medios, han coincidido en que Milei ha llegado al límite en lo que se refiere al discurso insultante. Los ataques al periodismo, han tenido el efecto de alinear a los medios hegemónicos que siguen apoyando la política económica del Gobierno, en una crítica rigurosa y generalmente acertada respecto de los efectos negativos de dicha escalada. Es a partir de esta novedosa situación que los estrategias sicalípticos decidieron poner fin -¿definitivamente? – al discurso insultante del Presidente.

En efecto: el miércoles 6 de agosto, nos enteramos por los medios que Milei prometió “*dejar de usar insultos*” lo cual si una consecuencia implica, claramente es la de probar que el insulto sistemático fue una estrategia política cuidadosamente diseñada y no una forma de incontinencia verbal no controlada.

La risa, el antídoto más eficaz contra la toxicidad de Milei

Se ha hecho notar – a nuestro juicio con entera razón- que los más decididos críticos del “insulto de Estado” “*se han quedado del otro lado pataleando en estado de escándalo frente a la procacidad del discurso presidencial*”. Las respuestas de contenido ético, las reprensiones basadas en lo políticamente correcto y aun las denuncias de violación de normas jurídicas que protegen la educación de la infancia, no han demostrado ser eficientes a la hora de desarticular la estrategia comunicacional del Presidente. Por el contrario, ha sido el propio Milei quien, con su promesa de cesar en el uso de los insultos dirigidos a presuntos opositores, ha sido el que puso un límite a la vergonzosa utilización de un vocabulario procaz como medio de captar voluntades... y votantes.

Es en este punto que, en la búsqueda de una contestación efectiva, aparece la idea de tratar a Milei como si fuera un objeto dotado de una *vis comica* propia e intransferible por lo que *reírse de él*, es lo más apropiado tal como la sicalipsis funcionó originalmente. Ciertamente que los asistentes a sus apariciones en las que hizo uso y abuso de metáforas procaces, aplaudían y *reían con él* como ha sucedido con el público de la Sociedad Rural y una buena parte de los asistentes a las convocatorias a foros donde ceos y dueños de empresas festejaron sus insultos y procacidades como un aporte eficaz para el blindaje de sus intereses económicos y financieros. La obsecuencia metódica que le dicen.

La tarea de caracterizar a Milei como un personaje *ridículo*, creado para ser utilizado en un contexto político, social y cultural signado por una degradación bien pronunciada del sistema político vigente en los veinte años que corren desde 1983 a 2023, es trabajosa pero no imposible.

Ridículo significa para la RAE alguien que “*por su rareza o extravagancia mueve o puede mover a risa*” Como sinónimos tenemos *irrisorio, grotesco, absurdo, anómalo, extravagante y estrafalario*. ¿Se puede albergar alguna duda que al personaje Milei le caben todos estos epítetos más algunos otros que nos ahorramos para no incurrir en groserías?

Se ha dicho – Henri Bergson *dixit*- que “*la risa en la política actúa como una herramienta compleja que puede desestabilizar el discurso formal, humanizar a los actores políticos y, al mismo tiempo funcionar como un mecanismo de exclusión o un medio de resistencia*”. La cuestión a elucidar tiene que ver con saber quiénes son los que ríen y cuál es el objeto de su risa. En el “caso Milei” los reidores o son los que festejan sus bufonadas o son los que tratan a Milei como un cómico cuyo libreto han escrito los titulares de intereses bien conocidos.

Que Milei exhibe un cúmulo de elementos para que se lo pueda considerar un objeto cómico, está fuera de toda duda razonable. Aun dejando de lado sus discursos no leídos, su apariencia física, sus gestos, la manera de sentarse y de caminar, su cabellera, las posiciones que adopta su rostro en las apariciones públicas, sus disfraces, las manías respecto de la iluminación y de los sonidos, la ficción de sus amoríos, la dependencia del maquillaje que proporciona la Lemoine y tantos otros aspectos de su personalidad como su relación con “*sus hijos de cuatro patas*” y sus autoelogios y el fingimiento de una ideología destilada de los maestros de la escuela austríaca de economía, bastarían para generar tomaduras de pelo y risas que desafíen sus discursos de odio pretendidamente atemorizantes.

Quienes verdaderamente quieren desarmar el espectáculo montado para un mal comediante por lo que hemos denominado *la coalición oculta* (ahora no tan escondida) harían bien en explotar la *vis comica* del personaje a fin de reducirlo a su verdadera dimensión de instrumento descartable de intereses que actúan, tras las bambalinas, como tramoyistas de una tragedia disimulada detrás de una farsa política que sólo puede seguir representándose si continúa siendo bien vista por poderes supranacionales sobre los que los ciudadanos no disponen de control alguno. La comicidad de Milei que puede mover a risa a quienes no sean parte de su camándula, para generar una auténtica risa bergsoniana, debe ser expuesta y comunicada a toda la población. El primer deber de los que se ríen de Milei es el de denunciar la falsedad de sus conocimientos de la ciencia económica.

Ahora bien: hemos dicho en varias oportunidades que el operativo “Batacazo” para abrir las puertas de la Casa Rosada a Milei ha sido, quizá sorprendentemente, exitoso. Esta incontestable realidad presenta dos aspectos bien distintos. Por un lado revela la índole de los intereses de quienes lideraron la maniobra que, en otras circunstancias, no hubieran dudado en acudir al golpe militar para su propio beneficio. Inventar un candidato *outsider*, con una historia familiar plena de situaciones anómalas, revela hasta qué punto nuestra clase alta y económicamente poderosa es un exponente nítido de la decadencia general de la Argentina. Pero, por otra parte, los 16 millones de votos que obtuvo Milei en su confrontación con Sergio Massa, no pueden explicarse sino por la presencia de un alto grado de *alienación política* que afecta a una gran masa de ciudadanos que nada tienen que ver con los intereses de los privilegiados por la fortuna, como suele decirse.

Como hemos dicho, conforme las reglas que rigen los procesos electorales del sistema capitalista/democrático, la legitimidad de origen con la que Milei maneja el Poder Ejecutivo Nacional, no es pasible de impugnación ni política ni jurídica. Pero otra cosa sucede con la *legitimidad de ejercicio* respecto de la cual el Gobierno de Milei ha incurrido en violaciones groseras tales como la “Ley Bases”, el abuso de los DNU y de los vetos, los excesos represivos y el uso indiscriminado de la *motosierra*. Frente a este uso inconstitucional del poder presidencial, la oposición ha oscilado entre la crítica fragmentada y ocasional cuando no, como en el caso del PRO y de la UCR, y el alineamiento *de facto* con las políticas económicas y sociales del PEN.

Es en este contexto que la explotación del ridículo anexo al personaje construido por los antes mencionados intereses, se presenta como una alternativa viable y eficaz para obligar a los que encabezaron el operativo “Batacazo” a reflexionar si no ha llegado la hora de pensar en otras formas y en otros primeros actores para la mejor defensa de sus privilegios. Esto significa no otra cosa que la aplicación de la doctrina de Clausewitz consistente en que el conocimiento y ulterior explotación de las debilidades del enemigo, es la única manera de sostener una ofensiva exitosa.

Existen sólo dos maneras de poner en evidencia las verdaderas falencias del “Operativo Batacazo”. Una consiste en desafiar al pseudo-libertario a un debate ideológico serio hasta que los intereses reales que Milei representa queden al desnudo y de esa manera la ciudadanía que asista a esa contienda intelectual – principalmente la clase media que es la víctima más agredida por la política del Gobierno- pueda utilizar correctamente el único instrumento que esta degradada democracia aun le permite usar: el voto. Si bien es cierto que el creciente ausentismo electoral perjudica la gobernabilidad del mileísmo, también lo es que no posee la aptitud suficiente como para constituir un límite infranqueable para la continuidad del régimen hoy en el ejercicio del poder.

Es el caso entonces de preguntarnos por qué este debate no tiene miras de concretarse. La razón es clara si valoramos correctamente el resultado de la confrontación pre-electoral de 2023 entre Milei y Sergio Massa. Aunque éste no es precisamente un Arturo Frondizi, si hubiese asistido un árbitro como en el boxeo, Massa habría sido declarado vencedor por una grandísima diferencia de puntos. Con este antecedente en la memoria, los que usufructúan las políticas puestas en práctica por Milei, jamás accederían a exponer a su muñeco a un descalabro intelectual de proporciones homéricas. Ciertamente es también que el contrincante en ese hipotético debate no aparece con la suficiente claridad. Pero nuestra decadencia no es todavía tan abismal como para que, si se busca honesta y perseverantemente, no se halle un polemista que pueda poner en evidencia el mito de Milei, economista laureado y experto imbatible en eso de la *batalla cultural*. Como esta confrontación hoy parece utópica, sólo queda la *risa de Bergson*, como elemento de resistencia social útil para demitificar de una vez por todas la supuesta idoneidad de Milei en orden a gobernar nuestro país.

El “Operativo Milei” ostenta una vulnerabilidad innegable: el *constructo* psicopolítico creado para interrumpir la continuidad del sistema emergente de la “restauración democrática” de 1983, debía exhibir un alto nivel de transgresión respecto de las formas vigentes durante cuarenta años. Para que el personaje

extraído de presentaciones mediáticas en las que desempeñaba un rol provocador e insolente resultara útil para la consecución del objetivo de proteger electoralmente un programa al servicio de intereses absolutamente minoritarios, éstos resolvieron – quizá con fundamento en técnicas de *marketing* comercial- dotar al personaje de una dosis alta de utilización de un vocabulario sicalíptico que debía incluir desde incitación al odio hasta obscenidades destinadas a quienes se oponían a las políticas de gobierno practicadas y a los que por motivos principalmente estéticos manifestaran su desacuerdo con el sainete puesto en escena por Milei y su elenco.

Hay que reconocer que la manipulación de guiones tan complejos como el que debía representar Milei, no es tarea fácil. Lo que realmente sucedió es que o bien por un apartamiento del personaje del rol original que estaba obligado a representar, o bien por un exceso inherente al guion original, Milei fue constituyéndose en un personaje ridículo que progresivamente fue perdiendo eficacia en lo que hace al aspecto comunicacional de su gestión. Es en este punto cuando la *risa bergsoniana* debería asumir la tarea de reducir al Presidente a su verdadera condición de obediente ejecutor de políticas que contrarían abiertamente el mandato constitucional de “*promover el bienestar general*”.

El aporte de Henri Bergson al análisis de la risa como expresión de un estado de conciencia específico, parte de considerarla como un producto que responde principalmente a una actitud basada en el intelecto de cada individuo, máxime cuando el motivo de la risa no se corresponde con lo que podría considerarse un *acto reflejo*. Tanto el que ríe por pleitesía como el que lo hace para burlarse de un personaje ridículo, ponen en juego un pensamiento que excluye la irracionalidad y la emotividad como generadores de la risa. Para Bergson cuando la risa es colectiva, diríamos *social*, adquiere un significado crítico respecto del objeto valorado como ridículo por el sujeto. En estas condiciones, Bergson adjudica a la risa social un sentido ético, como una forma de crítica moral respecto del destinatario al que se considera ridículo. En la misma medida en que una comunidad ría en conjunto, por ejemplo ante los disparates que pronuncie un orador en campaña electoral, la risa alcanza un valor político que supera en mucho el que deriva de una respuesta individual como la de un espectador que en su hogar contempla y escucha, sentado frente a la pantalla del televisor, a un político en campaña exagerando las virtudes propias y exponiendo los pecados de sus rivales.

¿Cómo promover la risa social?

El problema consistente en transformar la risa en una respuesta colectiva respecto del objeto ridículo, no se resuelve fácilmente. Descontada la ridiculez del personaje, dotar a la risa de un efecto político verificable requiere del ejercicio de una muy especial militancia social.

Aun cuando se deje de lado el propósito de reunir una multitud de reidores, promover que la gente adopte la risa como respuesta consciente a la presentación del personaje dotado de legitimidad política de origen, como es el caso de Milei, requiere poner en práctica algo así como un plan de acción. Por ejemplo: cuando Milei profiere sus insultos preferidos y también cuando lanza al aire cifras y conclusiones económicas disparatadas, el espectador debe estar en condiciones de priorizar la risa, evitando o postergando la tendencia a encontrar respuestas metodológicamente correctas al discurso presidencial. Lo contrario, es otorgar al gobernante una ventaja injusta: él dice cualquier desatino y sus oyentes se obligan a buscar entre sus conocimientos y las estadísticas creíbles la contestación al discurso de la autoridad.

La principal dificultad para utilizar la risa como instrumento político, radica en el alineamiento de los medios de comunicación masiva con las políticas del Gobierno. Si bien en unas pocas oportunidades las pantallas televisivas registraron en tono humorístico/sarcástico los peores despropósitos de Milei, de ninguna manera se sostuvo mediáticamente la ridiculez comprensiva de la integridad de la personalidad del Presidente. Ciertamente es que en las redes sociales, han proliferado los memes que se burlan abiertamente del

personaje. Pero la eficacia de esta vía de comunicación es relativa tanto en sus alcances como en el efecto real sobre la conciencia del usuario de internet.

Lo que se requiere para que la risa genere un efecto real sobre las actitudes políticas de los ciudadanos, es que grupos e instituciones sociales promuevan la ridiculez del personaje como la característica más relevante del “Operativo Milei”. En este sentido ONGs, universidades públicas, estudiantes y docentes, víctimas del abandono planificado por el Gobierno, etc.etc. están en condiciones de promover la risa como arma política contra la que el “Círculo Rojo” presidencial carece de una respuesta eficiente.

En conclusión: **la risa es salud.**

Carlos P. Mastrorilli